



ISSN: 2981-4103 (en línea)

# revista TEXTOS



Escuela de Educación y Pedagogía

L27



Universidad Pontificia Bolivariana



N° 27 / Enero-Diciembre de 2023 / Medellín, Colombia

© **Revista Textos, No. 27**

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana  
Vigilada Mineducación

ISSN: 2981-4103 (en línea)

Periodicidad Anual

Año 2023

Escuela de Educación y Pedagogía

**Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín:** Mons. Ricardo Tobón Restrepo

**Rector General:** Padre Diego Marulanda Díaz

**Vicerrector Académico:** Álvaro Gómez Fernández

**Decano Escuela de Educación y Pedagogía:** Juan Francisco Vásquez Carvajal

**Editor de la Revista:** Mateo Muñetones Rico

**Coordinadora (e) Editorial UPB:** Maricela Gómez Vargas

**Producción:** Ana Milena Gómez Correa

**Diagramación:** Editorial UPB

**Corrección de estilo:** Editorial UPB

**Revisión idiomática en inglés y traducciones:** Gustavo Adolfo Jaramillo Cardona

**Comité editorial estudiantil:**

Elizabeth Córdoba Mesa (Coordinadora del No. 27)

Miguel Ángel Santa Taborda

María José Correa Castrillón

**Dirección Editorial:**

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2023

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Medellín-Colombia

**Radicado:** 2260-31-03-23

Para la reproducción parcial o total de los artículos debe citarse la fuente.

Órgano de divulgación de la Escuela de Educación y Pedagogía de la Universidad Pontificia Bolivariana.



# Narradores

Sección para la creación literaria

# Carta a Melitón, o al primero que la reciba

Duván David Acosta Jiménez

[duvanj152010@hotmail.com](mailto:duvanj152010@hotmail.com)

Licenciado en Español e Inglés de la Universidad Pontificia Bolivariana.

“Indeciso”, “ermitaño” –piensa su alter ego de antaño. No es alguien más que intenta sostener su figura de ser humano. Y ahora información importante, por si de este escrito depende el conocer a alguien: adora el senderismo, le gusta acercarse a algunas lenguas romances, se compromete si existe un compromiso y le agobia el azúcar en el café.

Melitón junta alrededor de 21 años y se considera de buen proceder; no concibe un día sin tranquilidad ni una taza de café; odia el cigarro, sobre todo en verano; ama las flores, aunque las prefiere en época de lluvia y añora, sobremanera, despertar en su pacífico Jardín. Ahora habita en una gran ciudad, esa que llaman “de la Eterna Primavera”, en la que el hollín se alimenta de los cadáveres de insectos que reposan en los balcones y las ventanas del Centro, cuando los individuos se niegan a limpiar. Melitón no es muy alto; no le afecta en absoluto su estatura, pues eso no representa una desventaja para garantizar la prolongación de su especie; las mujeres, en su entorno, son bajas. Tampoco es hermoso, pero posee unas cejas particulares que lo integran en la categoría “sexy, pero no bonito”. De ojos caídos, como con indicios sutiles de heterocromía, o algo así; dientes en varios tonos de amarillo, nariz robusta, cabello negro a medio encrespar, labios disparejos y pestañas cortas. Aunque Melitón nació en Jardín, sus ancestros próximos son de Jericó, lo que hace que la religión católica esté muy presente en su familia. Sus abuelos maternos, por ejemplo, siempre tuvieron el deseo de nombrarlo Jonathan, personaje bíblico hijo del Rey Saúl, que en hebreo significa “Dios ha dado”. No obstante, terminó con su actual nombre debido a la fascinación de su padre por la fotografía y la obra del docente homónimo, y de apellido patronímico, nacido en Medellín.

Melitón no es muy expresivo, sus máximas son: uno, “hablar de lo necesario”; dos, “sacrificios, los justos”. Él se limita a una filosofía tomada de aquellos pasajes y paisajes literarios que lo asombran por su bella sencillez y que al mismo tiempo le enseñan que hasta el ser más errante atesora su camino. Se considera

merecedor de lo mejor de la vida y es consciente de los valores y las bondades que hacen más sosegada la vida.

Viviendo en una ciudad capital, nota y cree entender con mayor precisión el hecho fatídico de terminar siendo “abyecto y desalmado”. No espera mucho de los urbanitas, solo que no compliquen la existencia mientras transitan con afán por la Oriental o se desplazan por Colombia. Para ahogar su incomodidad y evitar irritaciones cada vez que debe salir al trastornado Centro, prepara en su celular un mix de Vivaldi, Händel y Bach que además de hacerle sentir muy erudito, le ayuda a caminar sobre las cabezas de los mortales a su alrededor con cada nota y según el tempo; por supuesto, todo en el marco de su imaginación. No le agrada escuchar a Beethoven, pues lo considera demasiado pretencioso.

Su familia es numerosa, como aquellas que se formaban en Antioquia. Tiene tres hermanas y cinco hermanos que comparten madre y padre, pero en cuyas caras se repite de mayor a menor el rostro del abuelo, de una tía, un primo mayor y hasta de la bisabuela. Él es el octavo nacido de una familia semiconservadora y al tiempo liberal, por la inclinación artística del padre a menudo censurada por la madre y la familia entera de esta última. Su padre casi siempre ha sabido contradecir las actitudes tradicionales de su pueblo sin causar tanto malestar; no obstante, sobre sus hombros yace la pesadumbre ineludible de su formación católica, principalmente la que adquirió durante su estancia en el colegio, la cual le indica, de vez en cuando, que ha perdido el temor de Dios por dedicarle tiempo a la filosofía, por amar con fuerza el aprendizaje de instrumentos musicales y por no creer lo suficiente en lo que está escrito en la Biblia.

Como es usual, Melitón se despierta y desayuna sin antes lavarse los dientes. Le gusta así porque lo hace sentir dueño de sus propias decisiones y con menos ataduras. Una vez termina su cafecito se dirige al baño, repara su cuerpo durante el tiempo que considere necesario, se admira el cabello y se mete a la ducha. Desde que el agua se desliza por sus piernas hasta que toma la toalla, su baño se convierte en el performance del Vals de las flores, adaptando cada melodía a las particulares caídas de las gotas de agua y sus choques contra el champú, el jabón y demás objetos puestos estratégicamente en la repisa flotante. Cuando ya siente limpio todo su cuerpo, sale y se dirige a su habitación. No se apresura y piensa en otra obra de Tchaikovsky para entretenerse, al tiempo que rebusca en su clóset una camiseta negra que hace semanas no se pone.

Su celular, todavía debajo de la almohada, destella por décimo tercera vez y él ni se entera. Suena una vez más, pero esta vez se debe a la notificación de un mensaje con la primera palabra escrita en mayúscula en su totalidad y con un final

para nada alentador. Su padre, a quien aguardaría y recogería en las horas de la tarde en la terminal de buses ha sufrido un accidente debido a la imprudencia de un ciclista. Su padre, que sale a diario alrededor de las diez de la mañana a comprar verduras en los puestos de los vendedores ubicados al frente de la iglesia Nuestra Señora del Rosario, no tuvo mucha suerte esta vez, pues, sin fijarse en el flujo vehicular, cruzó la calle principal en la que venía un ciclista de montaña discutiendo por celular.

Melitón, en su mundo, por fin encuentra la camiseta y se la pone tras olvidar el desodorante y el talco. Nunca le presta mucha atención a su teléfono y, en ese momento, ni sabía dónde lo había dejado; no le da importancia, en todo caso. Se viste y sale a caminar para dirigirse antes de las 4, desde cualquier ruta, a la espera de su padre. Llega después de su trasegar a la plataforma y pasa el tiempo entre sus ansias, dos cafés, tres cambios de asiento y una aromática. Su padre no llega y el desespero se apodera de él. Esta vez ha dejado el celular en casa, por tanto, no hay música para alegrar los cuartos de hora. Aún le quedan unas monedas en el bolsillo que le alcanzan para llamar a su casa y obtener alguna noticia. No tiene que esperar mucho pues su primo, el de 7 años, contesta y dirige la conversación:

—¿Aló? —dice el niño con voz inquieta.

—¡Simón! —grita un Melitón emocionado— ¡Eh! ¿Qué más pues? Contame qué has hecho...

—Pues estoy bien, estamos aquí visitando a mi tía porque está muy triste porque mi tío se murió atropellado, pero ella no está —responde él con la inocencia que le caracteriza.

—¿Cómo así? —pregunta angustiado y luego le ordena que le pase a alguien mayor.

Simón corre con el teléfono hasta su madre; sin fijarse lo desconecta y revienta el cable tras tirar de él en medio del desplazamiento. Melitón oye el molesto pitido que indica el final de la llamada. Se esfuerza por devolver la llamada, pero no se registra como número disponible. Procede a dejar el teléfono, la plataforma y la terminal: su objetivo es regresar sin tardanza a la casa para intentar establecer comunicación con alguien en Jardín. Cuando llega, encuentra un número exagerado de llamadas perdidas y algunos mensajes de texto. Llama con el deseo interno de tener saldo y de que le contesten rápido. Su hermana, la del medio, contesta y le da información a retazos, como si se tratara de un telegrama: cálmese, papá está vivo, tome un bus y venga rápido, mijo.

Escasamente tiene tiempo de empacar tres calzoncillos y su cepillo de dientes. Se devuelve urgido a la terminal y tarda más de lo normal en hallar la taquilla que

necesita para comprar un pasaje. Llega a su pueblo y corre hasta su casa, donde no hay más que una sensación de vacío pesado y de soledad casi palpable, mientras se escucha una de las canciones favoritas de su padre: Mr. Tambourine Man. Media familia está en el hospital, media permanece en la casa. Él no pregunta por el estado de nadie más que el de su padre, a lo que solo el segundo hermano puede responder: “a papá lo atropelló una volqueta cuando esquivaba a un tipo en una bicicleta; perdió un brazo y es probable que le diagnostiquen Alzheimer”.

Melitón está entre la canción de ritmo melancólico y la decisión de negarse a lo que le cuentan.

Su padre siempre ha dicho que la vida es un tren que se detiene en cada estación, donde lo abordan algunas almas; mientras que otras, por el contrario, se ven obligadas a descender y a esperar su turno en alguno de los siguientes vagones para adherirse a un nuevo ciclo, con otro rostro y otra identidad, eso sí, con el mismo pase, aquel que ha de asegurar su esencia: su alma. Melitón sabe que negarse a creer lo que le cuentan es innecesario; su padre no se encuentra en buenas condiciones y lo más sensato es aprovechar su estancia en lo que su analogía –la de su padre– considera como un “tren”, aunque su alma ya no reconozca a los demás habitantes en su vagón... antes de que llegue a la última estación. Melitón decide dirigirse al hospital y se anima a entrar en la habitación una vez lo autorizan. Allí encuentra un cuerpo incompatible con su recuerdo: un cuerpo incompleto tendido sobre una camilla con la misma delicadeza que la de las sábanas blancas.

El invierno no ayuda a los ánimos y su padre no se despierta del coma inducido que lo ha tenido en la misma posición por un mes. A lo largo de este tiempo, Melitón ha interiorizado muy bien el hecho de que sus padres no son para siempre; y que un alma puede estar dentro del vagón, pero sentada mirando fijamente por la ventana, sin intervenir en la vida de los demás pasajeros. Esa alma puede ser una que está lista para partir.

Transcurrido un tiempo, Melitón regresa a vivir a su pueblo indefinidamente. No soporta la idea de dejar a su madre, quien recuerda cada día que el padre aún no regresa; aunque Melitón intenta ayudar al ánimo de su madre con una imagen sugerida por el escritor de Aracataca, diciéndole que su padre todavía “navega en el mar apacible de los inocentes”. Con ello, le arrebató a ella una sonrisa y le ahorra unos cuantos pañuelos, antes de continuar con el trabajo que dejó su padre: la venta de cerámicas, oficio que fue sorteado genéticamente en la familia. El don congénito fue concedido al único hijo que no quería ejercerlo, pero al que había regresado por necesidad –la vida en la ciudad siempre es cara–. Su padre, a quien

llamaban “el barroco”, no despertaba de aquel letargo y las deudas aumentaban con cada primavera, ante la decadente producción de porcelana para el negocio.

El negocio de la cerámica sigue siendo atendido por Melitón, quien en dos años y un poquito más, ha perfeccionado su creación de vasijas funcionales, alcancías y tazas con motivos florales. Se ha estado convirtiendo en un diestro de lo elemental, logrando que lo más distintivo de su arte sea la impronta de las iniciales del nombre paterno en el fondo de cada producto; acción que, según Melitón, era inevitable. Su madre entiende lo difícil que resulta para él aceptar hacer lo que no le apasiona, pero también ha confiado en que el afecto de su hijo por su padre originaría una progresión en su pensamiento: armonizar su saber hacer con el de su progenitor.

El día del cumpleaños de su madre, Melitón se dispone a cerrar el negocio más temprano, pero de repente llega un joven disfrazado de amarillo, quien en tres parpadeos le pregunta por su nombre y le entrega una carta. Melitón la recibe y nota que solo está escrito su nombre en el exterior del sobre, en letras que él cree conocer. Se dirige al parque, toma asiento en una de las pocas bancas limpias, empieza a leer con algo de afán hasta que se pierde en el texto y la incompreensión lo lleva a devolverse:

En este pequeño prefacio quiero decir que la carta va dirigida a Melitón. Si algún otro miembro de la familia la lee, me resta decir entonces que el propósito se ha truncado, y como en todos los sucesos, el perdón es solicitado, aunque esto no lo exime de ser un asunto simbólico.

No quiero un lastre detestable en el recuerdo de mi miserable humanidad. No soy yo quien dirige mi ventura ahora. No es más que otro que dice ser yo cuando se asoma a través de cualquier reflejo. No hace más que esperar con paciencia mi deceso, aunque no sea perdurable. Eso es un usurpador; eso, a quien no debería otorgarle una categoría natural, pues pongo en duda su imagen y semejanza del Dios divino que, por cierto, consiente la idolatría. Ni hablar de eso, ese es otro cuento, pero prefiero no abordarlo ahora. Me siento profundamente afligido por no poder siquiera decidir mis momentos de penuria. Cada sentimiento llega así sin más y se instala por lapsos cortos, dejándome en el lapsus de una porción de consciencia. Estoy en la inopia, y así me sostengo por un largo tiempo. No busques afuera, no hay fecha; la ausencia de una, al principio, me permite involucrarte con prudencia en lo que quiero contar. Serás mi cómplice nada más desde una esquina. Serás quien me ayude a soportar una idea, con solo mantener fija la cuerda del telón que tamará la vergüenza. Eres mi hijo, y te escojo porque sé que no

hay en ti manifestación de juicio intransigente ni vestigios de personalidad escandalosa. Tengo... tengo un problema con mi psique, una especie de desviación, no sé, mental, asumida como trastorno bipolar. A estas alturas me entero de que me cuesta asociar un sentimiento positivo que debería ser generado por un suceso positivo con algo bueno. Dudo que eso tenga reparación. Yo prefiero viciar la fecha natural de mi desaparecer perpetuo. No voy a darle el entretenimiento a la vida de ponerme a luchar con tu madre el día que ponga un mantel azul cuando yo lo espero de color blanco y, luego, que vengan dos adeptos a decirme que es Dios quien me obliga a pasar por ello para aprender a ser resiliente. Esas carajadas que se las manden ellos. Yo no sé si quiero la muerte, pero estoy seguro de que la búsqueda de mi descanso se ha convertido en el único aspecto en que el usurpador y yo estamos de acuerdo. Lo que sea que resuelvas hacer después de esta carta, no será un accidente, aunque así lo hará parecer el desdichado; puedo creer que nadie me respetará si asumen que soy un insensato egoísta. Esta carta estará reservada hasta hoy; sé que, por ser el cumpleaños de tu madre, esta carta te encontrará en el pueblo. Pienso que será fácil mandártela, pues tu nombre hace que se descarten destinatarios. Yo te pido que no le digas a nadie, y que quemes este papel. Si bien es mi esperanza, sé que un muerto no puede decretar a voluntad. He de creer que ya no estoy entre ustedes, el cántico Memento mori es el recordatorio más funesto que ha acompañado mi cobardía y ya no quiero oírlo. Por favor, si por alguna razón no me he desligado de la vida, si me respetas y soy realmente tu referente, no me dejes tibio en el valle transitorio de la vida y la muerte. No estoy para jugar a ser arbusto en una cama. No insisto más, doy paso a lo que el Destino nos impone: te pido perdón por llegar en un sobre después de tanto duelo. Te amo.

Después de leer la carta, Melitón se dirige al hospital.